

En tiempo de pandemia tuve la oportunidad de visitar una piscina en Villa de Leiva, situada en la falda de una montaña. Agua y montaña al mismo tiempo le imprimían a aquel sitio un encanto especial, pese a que la montaña daba la impresión de ser el vertedero de aquella.

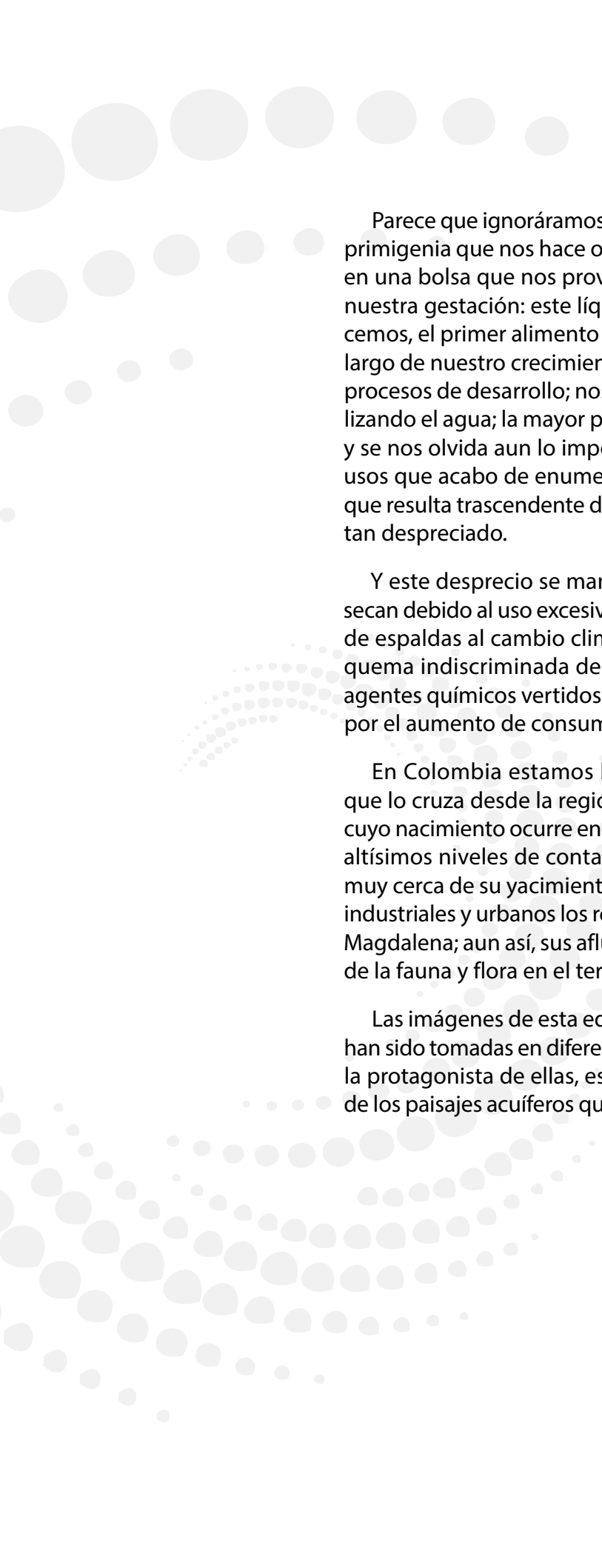
El agua es totalmente fría, transparente y enjuaga los recuerdos ancestrales de esta zona del país. En tiempos de sequía estas aguas calmaron la sed de muchos y refrescaron el calor de los seres que en su contexto viven.

A unos kilómetros de esta fuente de vida existe otro paraje que dentro del paisaje boyacense invita al recogimiento, debido al sonido que produce el agua al golpear la roca y caer de su propia altura. Es un lugar donde la hermosura se hace presente y la piedra se rompe dando paso a la cascada. En tiempo de lluvias la corriente es sumamente fuerte y deja ver en su imponente el poder de la naturaleza.

Estamos tan acostumbrados a ver en Colombia cómo estas fuentes irrigan de agua nuestra tierra que pasamos por alto su importancia. La desperdiciamos y no la cuidamos como el tesoro real que es. Parece que no tenemos conciencia ante la posible pérdida de esta fuente de vida y la malgastamos o la contaminamos sin reflexionar acerca de la esencialidad de que el agua siga viva.

De niño me gustaba mucho ir a la finca de unos familiares en las montañas de Cundinamarca, muy cerca de la finca había una serie de quebradas naturales y en ellas existían unos pozos que formaban piscinas naturales que en realidad muy pocos conocíamos, pasábamos varias horas en estos lugares. Es posible que, en un corto tiempo, ya no podamos sumergir los pies en lugares así, porque las quebradas se están secando o ¿será mejor decir que las estamos secando?

La sentencia de que se ha vuelto una frase hecha (lamentablemente) sobre el hecho de que las guerras del futuro tendrían como objetivo el agua, no es un cliché ni conviene que lo convirtamos en una posverdad. El agua poco a poco existiría en el planeta tierra, pues los abusos sobre ella llegarán a un punto tal, que comenzaría en muy poco tiempo a escasear y muy seguramente la población mundial se verá abocada a sustituirla por otro elemento parecido, que terminará envenenando e incluso envejeciendo a quienes lo produzcan y lo consuman. No en vano el cuerpo humano tiene un 70% de agua.



Parece que ignoráramos cuán importante es el agua. Perdemos la memoria primigenia que nos hace olvidar, que desde que somos concebidos flotamos en una bolsa que nos provee de nutrientes, alimento y sangre, a lo largo de nuestra gestación: este líquido hace parte de nuestra existencia. Cuando nacemos, el primer alimento que recibimos es líquido y su esencia es agua, a lo largo de nuestro crecimiento el agua es fuente esencial para cada uno de los procesos de desarrollo; nos desprendemos de las inmundicias del cuerpo utilizando el agua; la mayor parte de nuestros alimentos están hechos con agua y se nos olvida aun lo importante que es. Parecen obviedades los anteriores usos que acabo de enumerar, pero es tal la desidia hacia el preciado líquido que resulta trascendente decir para qué necesitamos el preciado mineral, hoy tan despreciado.

Y este desprecio se manifiesta con infamia: los ríos y lagos del mundo se secan debido al uso excesivo de los recursos hídricos por parte de la población de espaldas al cambio climático. Así, como una bola de nieve asistimos a la quema indiscriminada de los árboles en las montañas; al uso irracional de agentes químicos vertidos en las fuentes hídricas; las sequías o inundaciones por el aumento de consumo de agua potable en el mundo.

En Colombia estamos bañados por diferentes ríos como el Magdalena que lo cruza desde la región Andina hasta el océano Atlántico; el río Bogotá cuyo nacimiento ocurre en las montañas de Cundinamarca. Ambos presentan altísimos niveles de contaminación. Aunque la contaminación se da desde muy cerca de su yacimiento, la mayor parte de materiales tóxicos y desechos industriales y urbanos los recibe en la ciudad de Bogotá y desemboca en el río Magdalena; aun así, sus afluentes dan vida y permiten el constante desarrollo de la fauna y flora en el territorio nacional.

Las imágenes de esta edición de *Espiral, Revista de Docencia e Investigación* han sido tomadas en diferentes escenarios de nuestro hermoso país. Es el agua la protagonista de ellas, espero que sean una invitación a reflexionar acerca de los paisajes acuíferos que tenemos y la decidida posibilidad de protegerlos.

Fray Camilo Ernesto Ramírez Hermida, O.P.
Decano de División Ciencias de la Salud